

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Un rayo de sol caliente ha penetrado por la claraboya de Westminster y ha puesto color de sangre en las mejillas del Gobierno. Inglaterra se despereza.

(Del artículo: "Los Comunes pulen la garra").

Número 374

Barcelona, 10 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Los Comunes pulen la garra

Nos felicitamos por habernos anticipado intuitivamente al mal humor del Gobierno inglés. Nuestra teoría sobre el zarpazo del leopardo ofrece hoy ciertos visos de realidad. Como comprobación brindamos el discurso que Mr. Eden acaba de pronunciar ante los honorables Comunes. El arte del quiebro, en que suele lucirse parlamentariamente el líder ostensible, se ha visto comprometido por la requisitoria de los diputados laboristas. Ha sido un coloquio en que una parte no se mostraba dispuesta a admitir nuevas evasivas, y la otra iba perdiendo terreno para poder soslayar una declaración de principio.

El debate no ha respondido al tono gris habitual en Londres cuando se trata de la cuestión española. Un rayo de sol caliente ha penetrado por la claraboya de Westminster y ha puesto color de sangre en las mejillas del Gobierno. Inglaterra se despereza. Gracias, señores laboristas. Gracias, aunque todavía Mr. Eden cultiva el humor extraño de decir que le era muy grato anunciar la complacencia del Gobierno italiano por las medidas inglesas contra la piratería, y la acción similar que Roma emprendería en su zona de patrulla.

Lo fundamental es que la oposición laborista ha renunciado al cuento diplomático del agresor que se caza a sí mismo. «Nadie puede saltar fuera de su sombra», dice un proverbio oriental que el «Foreign Office» aparenta desconocer. Hasta ahora mister Edén sostenía la política de reducir a los presuntos adversarios mediante compromisos. Pero esta política ha resultado una definición de la diplomacia claudicante, a la que desengañará el hecho de que las fuerzas de agresión únicamente se dejan atar por los pactos para mejor sorprender a las víctimas. En nuestro tiempo la falacia constituye casi una razón de Estado. Por ello, la oposición ha apremiado al Gobierno inglés para que manifestase concretamente a qué resoluciones prácticas pensaba llegar en el problema del Mediterráneo.

De la declaración de mister Edén se deducen, sin embargo, afirmaciones considerables. Según parece, las flotas inglesa y francesa atacarán, sin aviso, a todo submarino que divague por las zonas interdichas. Item más, «los facciosos de Salamanca» (así los ha denominado el joven ministro) han sido notificados de que la paciencia de Londres está a punto de agotarse y acudir, sin más advertencias, a las represalias que juzgue necesarias y apropiadas, toda vez que el Gobierno inglés no tiene duda sobre la identidad de los aviones que echaron a pique al Alcira.

Por otra parte, el primer lord del Almiran-

tazgo, cuyo testimonio reclamó también la oposición, expuso su sospecha de que el *Endymion* había sido hundido por un submarino. ¿De qué nacionalidad, puesto que los facciosos españoles carecen de ellos? Mister Edén matizó que los aviones que bombardearon el Alcira «estaban al servicio de Franco», como los de tipo italiano que el 30 de enero descargaron su metralla sobre Barcelona. Los Comunes comprendieron entonces que los laboristas recalaban algo sumamente importante. El diputado Adler, ex premier lord del Almirantazgo, puso el dedo en la llaga. ¿No sería conveniente y ahorraría complicaciones impedir de una vez para siempre que los piratas salieran de sus bases, conocidas con exactitud por la Marina inglesa? El Gobierno repuso que no se inclinaba a excluir otras medidas, pero en su opinión bastaban las ya decididas para acabar totalmente con los piratas.

Planteóse el problema de los bombardeos sobre la población civil, y mister Edén anunció que esperaba el resultado de sus gestiones. El laborista Wegwood formalizó una sugerencia que alienta en muchas conciencias cristianas. ¿No estaría bien que el Gobierno británico le indicara al Vaticano la oportunidad de pronunciarse contra estos crímenes? El encargado de la política exterior del Imperio prometió estudiar la proposición, que quizá encierre más inconvenientes de lo que parece. Así son de abstrusos los negocios de Cristo en la tierra. De todas maneras, el diputado Wegwood ha evocado los Evangelios a tiempo.

El final del debate tuvo un impresionante poder dialéctico. El laborista Henderson habló de los buques cedidos por Italia a los rebeldes y preguntó si Inglaterra permanecía fiel a su política de considerar los envíos excesivos de fuerzas armadas a España como contrarios al *Covenant* de Ginebra y a los intereses del Imperio. Obligado mister Edén a examinar sus propias palabras, tuvo un rasgo fuerte y honorable, aseverando «que el envío de fuerzas a España por parte de cualquier nación, sería estimado por el Gobierno inglés como un caso de violación del acuerdo de «no ingerencia», que suscitaría un estado de cosas al que habría que calificar como muy grave». Estas últimas palabras, «muy grave», después de resonar en el Parlamento de Inglaterra, han despertado profundos ecos en Europa. Es seguro que la máscara de César las rumie en algún rincón de Roma, y que en la finca de recreo de «Berchtesgarden» las resoben y sopesen el Señor de Alemania y Von Ribbentrop.

(«La Vanguardia», Barcelona, 8-II-1938.)

Parte oficial del Ministerio de Defensa Nacional

Los piratas del aire

Esta mañana, a las 10,30, seis trimotores italianos realizaron una agresión contra Sagunto, arrojando setenta bombas. Los aviones siguieron hacia Valencia y, a la altura de Malvarrosa, tomaron rumbo al este, internándose en el mar.

A las 6,45 de la tarde, dos escuadrillas de tres aparatos intentaron bombardear simultáneamente Valencia y Sagunto. Sólo les fué posible hacerlo en esta última población. El acceso a Valencia lo impidieron las baterías antiaéreas, obligando a los aviones facciosos, que pretendían colocarse sobre la ciudad, a lanzar las bombas al mar y en puntos despoblados de la huerta.

A las 6,20 de la tarde se dió la señal de alarma en Barcelona, por haber anunciado diversos puestos de observación la presencia de dos aviones enemigos. Estos llegaron hasta el Prat, de donde se dirigieron hacia Castelldefels, donde arrojaron dos bombas.

En Andalucía, un aparato faccioso ametralló el pueblo de Peñón de la Mata.

Las víctimas y daños ocasionados por estos bombardeos son escasos.

(Barcelona, 8-II-1938.)

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

Hitler quiere acabar la guerra por la barbarie

Los bárbaros bombardeos que sobre las poblaciones de retaguardia realizan a diario los rebeldes, han excitado en tal forma la sensibilidad extranjera, que hacen decir a James Donnadien, en un periódico parisiense de matiz tan conservador como *L'Époque*, las siguientes consideraciones:

«Los sistemáticos asesinatos de ancianos, mujeres y niños, que se producen todos los días en España, provocan un sentimiento de indignación en el mundo entero. Nos hemos felicitado ya, en este periódico, de la iniciativa tomada por el Gobierno francés, de emprender negociaciones con cierto número de potencias, con objeto de poner término a semejantes atrocidades. El Gobierno británico está dispuesto a unirse a la sugestión francesa. Ha intervenido ya para recordar a ambos partidos, en forma diplomática, los deberes que impone, a todos los que luchan, el sentimiento del más elemental humanitarismo.

Y lo que se hace preciso resaltar es que en estos crímenes participan las naciones extranjeras, si es que no los inspiran ellas mismas. Los aviones procedentes de Italia, arrojan sobre Barcelona bombas de origen alemán ¡Pobre tierra de España! Se ha convertido en el conejillo de indias de Europa, que ensaya en ella sus últimos aparatos de muerte.

Pero no nos engañemos ni nos hagamos ilusiones de poder humanizar la guerra. Hay países que no retroceden ante nada.

Por ventura — termina el diario conservador —, ¿no es Hitler quien ha escrito en *Mein Kampf* que los procedimientos que parecen más bárbaros son, en definitiva, los más humanos, ya que permiten terminar la guerra con mayor rapidez? Sabemos lo que vale esta teoría, que ha sido ya aplicada por los alemanes en 1914. ¡Saquemos de ello el no tener que sufrir de nuevo las consecuencias!»

(«Mañana», Barcelona, 8-II-1938.)

La flota mercante italiana cuenta con cuarenta navíos más... robados al pueblo español

«Hay que boicotear a las marinas de los Estados totalitarios»

Por conducto particular, hemos recibido de Italia una carta de un oficial de la Marina mercante, el cual no sólo expresa su propio sentir, sino el de gran número de colegas suyos. He aquí los párrafos principales:

«...Cuarenta navíos de la Marina mercante española que quedaron en poder de Franco, acababan de ser entregados a Italia. Estos barcos, robados al pueblo

español, han sido confiados para su administración a la «Cooperativa Garibaldi». Los marinos y los obreros del puerto de Génova ven con gran disgusto que la organización que conserva el nombre de su antigua Cooperativa se encargue de administrar los bienes ajenos.

«Te hablo en nombre propio; pero estoy seguro de que otros muchos compañeros comparten

mi manera de ver. Preferiría quedar siempre en tierra, en paro forzoso, antes de embarcar en estos navíos pagados con sangre. Aun más, mejor querría morir de hambre que ver continuar este régimen que nos lleva directamente a la guerra. Los demás están de acuerdo conmigo.

«Y sin embargo, no nos podemos rebelar, porque sufriríamos»

(Continúa en la página siguiente.)

mos represalias horribles; no solamente nosotros, sino también nuestras familias. ¿Por qué no hacen algo aquellos que no tienen las manos atadas?

«Los principales recursos de los «Estados totalitarios», los que les permiten mantenerse, consisten en la industria del extranjero y en los fletes de la Marina mercante. ¿Es verdad que, en Francia, todo el mundo desea la victoria de la República española? ¿Es verdad que los trabajadores hacen algo por contribuir a ella?

«Entonces, ¿por qué no se niegan a descargar y a cargar las mercancías que transportan las Marinas de los Estados fascistas? ¿Ello no exige, sin embargo, un gran sacrificio?»

Nuestro comunicante se hace, quizá, algunas ilusiones sobre la facilidad de poner en práctica semejante boicot en todos los puertos del mundo. Pero la cosa es factible. Los trabajadores de todos los puertos pueden, si se deciden a hacerlo, llegar a detener en todas partes el tráfico de las Marinas de los Estados totalitarios, por lo menos mientras dure la agresión a España y la guerra de China. Es una batalla que puede librarse con grandes probabilidades de victoria.

¿A quién corresponde darla? A las grandes organizaciones sindicales, sin duda. Pero éstas no harán nada mientras no sepan que la consigna es cosa de los

obreros, que todos se solidarizan en esa lucha y que algunos han tomado la iniciativa. Los obreros del muelle de Gijón, cuando Hitler ocupó el poder, se negaron a descargar los barcos que llevaban la bandera de la cruz gamada. Si en todas partes, en todos los puertos, se hubieran producido continuamente incidentes semejantes, la agresión a España no sería hoy una realidad sangrante, ni la guerra europea una amenaza inmediata.

En todos lados se puede empezar por la cima o por la base. Lo importante es que se haga popular una iniciativa y que el trabajador sienta que le afecta tanto como un aumento de jornal u otra reivindicación cualquiera. Se puede abrir una brecha en el sistema belicoso de los Estados totalitarios.

Pero sería necesario que la acción vaya acompañada, naturalmente, de una propaganda que explique a los marinos de los barcos boicoteados que no se va contra ellos, que, por el contrario, se siente el deseo de recibirlos como a hermanos, y que sólo el régimen de fuerza bajo el cual gimen tiene la culpa de ello. La batalla que se libre debe ser, al mismo tiempo, una batalla por ellos, por los marinos privados de los derechos sindicales, impotentes para hacer oír su voz, como no sea a costa de su vida; y se debe, asimismo, ejercer presión para que se dé trabajo, en

otros barcos, a los marinos que abandonen los navíos italianos, alemanes o japoneses. Es evidente que, entonces, los obreros de todos los países encontrarían aliados entre los trabajadores del mar, oprimidos por el fascismo. Muchos, como nuestro comunicante, están dispuestos a ir al paro con tal de poder salir del atolladero en que el fascismo los ha metido.

De la protesta platónica hay que pasar a la acción. El fascismo, con sus agresiones, sus empresas de guerra y los asesinatos que comete en el extranjero, hace sentir de una manera patente que la solidaridad mundial no es una palabra vana. ¡A la acción, pues, sin torpezas, pero sin retrasos, inflexiblemente!

Giustizia e Libertà ha enviado una copia de esta carta a la prensa de izquierda de los países democráticos, a las asociaciones sindicales, a los organismos responsables de la clase trabajadora. Estamos seguros de que esta voz no quedará sin eco. Si, como esperamos, esta iniciativa es acogida favorablemente por las organizaciones responsables de la clase obrera, *Giustizia e Libertà* se compromete a darla a conocer, a divulgarla entre la clase trabajadora italiana, y está segura de que logrará, para esta obra, la solidaridad de todo el antifascismo italiano.

(«Giustizia e Libertà», 4-II-38.)

Contra los bombardeos En Niza se promueve una manifestación de solidaridad con los republicanos españoles

Niza. — Para protestar de los salvajes bombardeos de las poblaciones de la retaguardia española, se ha celebrado el domingo, en Niza, un mitin concurrentísimo y entusiasta, en que el público mostró indignado. Al terminar el acto, la multitud enardecida se manifestó por las calles hasta llegar a las autoridades para solicitar una efectiva solidaridad con la República española.

¿No creen que esta vez la actuación de Francia y especialmente de Inglaterra revestirá eficacia? ¿O tal vez la consideran una maniobra platónica más?

Los seis parlamentarios se han consultado con la mirada. Fruto de esta muda conferencia ha sido una esotérica contestación:

—Los grandes capitales quieren la pérdida de la República...

—Bien. Pero, según parece, la situación es ahora tan tirante...

—Sí, claro. Es tirante. ¡Pero qué magnífico día hace!

Y durante ocho minutos exactamente nos hemos entregado a la práctica intensiva del método Ollendorf. Después, los seis parlamentarios comunistas han abandonado los sillones de mimbre del hotel, me han estrechado efusivamente la mano y han desaparecido hacia los automóviles que les esperaban para llevarles hacia la frontera.

A última hora de la noche de ayer llegó a Barcelona, después de visitar Madrid y diferentes frentes de lucha, la expedición de parlamentarios y periodistas nórdicos, que estaba integrada por el pastor Sandegaaro, Anderson Ovannya, Tengstroen, representantes suecos; Jon Anraa, Natvig Petterson, Einar Gerhardsen, en representación de Noruega; Rasmus Nansen, Ulrichsen, Rasmussen Gylling y Jensen Stevns, de Dinamarca, y los periodistas Ulaf Laarsen, de «Arbeiderdiadep», de Oslo; Garda Grepp, del «Social Democra-ten», y el operador cinematográfico Ivo Montagu, los cuales emprenden el retorno a su país, donde piensan llevar a cabo una activa campaña de divulgación sobre el verdadero aspecto del conflicto español.

El diputado socialista democrático de Copenhague, Rasmus Hansen, interrogado por nuestros redactores acerca de sus impresiones del viaje efectuado por España, manifestó, en nombre suyo y en el del resto de la expedición, lo siguiente:

—Estamos extraordinariamente satisfechos de nuestra excursión. A través de ella hemos podido comprobar que el estado de la retaguardia republicana es excelente, por no decir perfecto, y que, naturalmente, desde luego, es muy superior a lo que de ella nos habíamos figurado hasta hoy.

—Y nuestro Ejército, ¿qué impresión les ha causado?

—También magnífica, y asimismo superando la idea que de él teníamos. Es un Ejército al que esperan muchas jornadas victoriosas.

—¿Corresponde lo que han visto ustedes en España al concepto que de nuestro conflicto se tiene en los países nórdicos?

—Desde luego — manifiesta el señor Hansen — este concepto es muy aproximado en la actualidad. Antes no coincidía; pero al irse divulgando la verdad de lo que ocurre en España, nuestros países han llegado a comprender que la guerra que sostenéis no es propiamente una lucha civil, ni siquiera social, sino que tiene todas las características bien definidas de una guerra de independencia: una guerra en la que los

republicanos españoles batallaron heroicamente para defender su patria de la invasión por las Potencias totalitarias extranjeras.

—¿Cómo creen ustedes que iniciará el proceso de la solución de nuestro conflicto?

—No puedo contestar concretamente a esta pregunta — responde el señor Hansen, después de unos instantes de reflexión — Opino — agrega — que, hoy por hoy, no se poseen elementos suficientes de juicio para aventurarse a determinar este punto. Puedo decir, no obstante, que creemos que el triunfo de la República es indiscutible.

—¿Puede decirnos qué impresión les ha producido y cuál es su posición frente a las agresiones de la aviación italiana y alemana contra las ciudades de la retaguardia?

—Naturalmente, de absoluta condenación. Hay múltiples razones, entre las cuales figuran las no despreciables del puro humanitarismo, que obligan a una condenación terminante y enérgica. Esta es también la reacción de nuestros respectivos países.

—Ustedes asistieron a la reunión de las Cortes de la República en Montserrat. ¿Puede decirnos qué les pareció la declaración ministerial hecha por el jefe del Gobierno?

—Aun no conocemos en detalle el contenido de la misma, porque a causa de nuestro viaje a Madrid no hemos podido procurarnos todavía la versión de dicho discurso en nuestros propios idiomas; pero, según se desprende de las síntesis que conocemos, se trata de una exposición muy verídica y fiel del proceso de la lucha española, de las dificultades superadas y de las victorias conseguidas, de la labor gubernamental realizada y por realizar y del aspecto internacional del conflicto. Una exposición, en fin, de gran mérito y de remarcable acento de sinceridad, que habrán de ser recogida y tenida en cuenta en todos los países democráticos.

—Los recientes e importantes acontecimientos en el Mediterráneo español, ¿qué repercusiones pueden tener a juicio de ustedes?

—Estamos poco al corriente de esta cuestión. En realidad, nos ocupamos con preferencia de recoger datos e impresiones de nuestro viaje a la España republicana para nuestra próxima campaña en nuestros países. Por consiguiente, no poseemos elementos de juicio para contestar a esta pregunta.

—¿Qué características tendrá esa campaña de divulgación?

—Muy diversas. Hablaremos en mítines, publicaremos artículos en la Prensa, etc. Yo, por mi parte, pienso escribir un libro conteniendo mis impresiones personales, y posiblemente algunos de mis compañeros harán lo mismo que yo. En fin — añade el señor Hansen, dando por finalizadas sus manifestaciones —, haremos cuanto sea preciso y podremos para dar a conocer a nuestros países la auténtica fisonomía de la guerra de invasión que sufre España... («La Vanguardia», 8-2-38.)

Los parlamentarios extranjeros en España

Al habla con las delegaciones francesa y escandinava

La confianza en el triunfo de la República, es absoluta

—¿Nuestra impresión de la España republicana? Pues, magnífica... — ha contestado Mr. Arthur Ramette.

—Inmejorable... — ha apoyado Mr. Berlioz.

—Espléndida... — ha concedido Mr. Alexandre Prachay.

Y esta óptima opinión ha sido corroborada calurosamente por Alfred Daul, Gustave Sausset y Mr. Petit, los otros tres miembros de la comisión de parlamentarios franceses, huéspedes de nuestro país.

Todos los cuales han añadido a continuación:

—Hemos visitado diversos frentes de guerra, entre ellos Tueruel y Madrid. Con todo, confesamos que nuestra mayor satisfacción como antifascistas y amigos de vuestro país, la experimentamos en Montserrat, en la reunión del Parlamento de la República, a través de la cual pudimos darnos plena cuenta de la unión y coincidencia de todos los sectores de la República española, así como de la inmovilidad de ésta en el triunfo.

—¿Qué les pareció el discurso del doctor Negrín?

—Una maravillosa pieza oratoria, de un oportunísimo carácter realista y que refleja con toda fidelidad la situación actual de España. En fin, un verdadero discurso de hombre de Estado. Un discurso de altura, de la altura que exigen los momentos trascendentales que vive la República.

—¿Y nuestro Ejército? Una opinión sincera e imparcial del mismo...

—Con toda la sinceridad. Como unidad, moral y entusiasmo, es sencillamente insuperable. Lástima que estas maravillosas cualidades no se vean completadas con la posesión del armamento adecuado. Con él consegu-

ría nuevas, rápidas y abundantes victorias. Victorias que en plazo muy breve terminarían con la liquidación total de los facciosos. Por eso es una verdadera y descarada ayuda a la política fascista la llevada a cabo por los países democráticos al no permitir a la República la adquisición de armas, como en evidéntísimo derecho le corresponde.

Esta posición, además, podía para algunos demócratas tibios, tener una llamémosla justificación, en un tiempo en que la victoria de los facciosos se consideraba inevitable. — Toda ayuda nuestra no servirá más que para alargar la guerra — aducían. Pero hoy sucede todo lo contrario. La lucha terminará incuestionablemente con el triunfo de la legalidad republicana. Cuanto antes llegue ésta se evitarán más estragos. Y con la farsa absurda de la *no intervención* sólo se consigue eso, que la guerra dure mucho más de lo que debía durar. Y esto sin tener en cuenta el enorme peligro de que un chispazo del incendio español prenda en todo el mundo.

—Así, ¿consideran la situación internacional particularmente grave?

—Muy grave. Si dentro del presente año no ha sido totalmente aplastado en España el fascismo, la más brutal de las conflagraciones totalitarias estallará, si no en el mundo entero, por lo menos, y de momento, en Europa. Y de esta guerra, los primeros escenarios serán Francia y Checoslovaquia.

—¿Cómo creen ustedes que las fuerzas auténticamente democráticas y las obreristas pueden impedir esto?

—Con la auténtica unión — efectiva, no nominal — de estas fuerzas en el mundo entero. Unión, además, imprescindible

entre la II y la III Internacional. La fuerza que se conseguirá así sería incontenible y con ella el triunfo de la legalidad en España y China se conseguiría con rapidez insospechada.

Por lo que respecta concretamente a Francia, el problema de la venta de armamento al Gobierno de la República, podemos plantearlo en unos términos más concretos y sencillos. El Partido Comunista viene luchando en todos los sentidos para que esta venta sea un hecho. Pues bien, con que nos secunde el Partido Socialista esto se logrará inmediatamente. La cosa no puede tener una mayor simplicidad...

—Otra pregunta. Ustedes se han mostrado muy satisfechos del estado de la España republicana... ¿Coincide éste con la idea del mismo que tienen actualmente en Francia?

—Francamente, y recogiendo el punto de vista global de todos los franceses, hemos de confesar que no. Allí la situación — entre la masa que podríamos llamar neutra — se considera más difícil de lo que es en realidad. Con todo, y cada vez a un ritmo más acelerado, la gente va acercándose a la verdad. Por ejemplo — y esto lo decimos para dar una idea de cómo se está produciendo este cambio —, hace tres meses eran muchísimos los que creían perdida la causa republicana. La mayoría de éstos no piensa ya así.

Los verdaderos amigos de la República han luchado y luchan por desvanecer esos criterios equivocados. Pero más, infinitamente más que nosotros, ha conseguido en esta cruzada por la verdad, vuestra magnífica victoria de Tueruel. Ella ha servido para disipar en un grado enorme los pesimismo injustificados...

—¿Cómo ven la situación creada por las agresiones de la pira-

Italia, donde los hombres no pueden hablar en voz alta

Por EDWARD ELLISON

Amortiguada y débil tras la mordaza fascista que Mussolini ha impuesto a 40 millones de italianos, hay una voz que puede oír todo aquel que quiera escuchar hoy en Italia. Es una voz insistente: es la voz del pueblo.

En una visita que hice a Italia recientemente, y durante la cual hablé con personas de todas clases, escuché esta voz. Lo que dice no concuerda con los discursos del *duce*, ni con los editoriales de Gayda, reconocido como su portavoz.

Me habló del odio y del descontento que existe en la clase estudiantil, de la pobreza y calamidades de los campesinos y de los pequeños propietarios, y del desengaño y la desilusión de todo el país en general, como resultado del fracaso económico de la guerra de Abisinia.

A pesar de la mordaza, esta voz se hace oír también por los gobernantes de Italia; de su contestación pueden depender muchas cosas que afectan a otras naciones y a nosotros mismos.

La voz es más fuerte entre los estudiantes, tal vez porque la mordaza les ahogue menos.

Sean cuales fueren sus estudios, ya pertenezcan a Escuelas de Arte, de Ciencia o de Medicina, a los estudiantes italianos se les ha hecho sentir que son, primero y principalmente, soldados. Para muchos de ellos, ésta es una perspectiva intolerable.

Es evidente que entre estos estudiantes se hallan los adversarios más violentos del *duce* y, quizás, sus más peligrosos enemigos.

Hay que darse cuenta de que no existe una línea divisoria clara entre los estudiantes y el resto de la población. En Italia, no se considera como una mera travesura juvenil diferir de las reconocidas opiniones del Estado. Es un delito grave, que puede conducir a grandes períodos de encarcelamiento.

El año pasado, en cierta ciudad del norte de Italia, fueron detenidos por la policía secreta unos cien jóvenes. Se les sometió a un juicio apresurado, casi en secreto, y fueron condenados a penas que ascendían, en junto, a diez años de prisión. Aunque el sistema de espionaje del Estado es muy eficaz, en este caso particular, como en otros muchos, la policía no detuvo a todos los elementos antifascistas, así como tampoco consiguió coger a los jefes de la organización.

Los estudiantes de Italia están divididos en fascistas y antifascistas. En la vida ordinaria, no existe diferencia entre ellos. Todos son, nominalmente, fascistas, llevan la insignia del fascio, hacen el saludo romano y pertenecen a las organizaciones fascistas. Su oposición es completamente subterránea; la misma naturaleza de las cosas los ha transformado, de impugnadores intelectuales en antagonistas violentos de un sistema que aborrecen.

Precisamente por estos disturbios internos es por lo que la política exterior italiana ha tomado el rumbo que el mundo ve y teme hoy.

Italia parece un campamento erizado de soldados de todas las edades y tipos, vestidos con uniformes que van desde el negro sombrío de la guardia oficial fascista al tricrónico y los grandes sables de la policía militar. En su camino hacia la guerra, el *duce* da a los italianos muchos y complicados uniformes; también les da el estímulo necesario: algo que odian.

Muchos observadores distinguidos, incluyendo a sir Arthur Willert, tie-

nen la impresión de que la situación de Italia no constituye un peligro inmediato para el mundo exterior. Sir Arthur cree que Mussolini y el pueblo italiano temen que Anthony Eden tenga ganas de poner a Italia «dos ojos morados, a cambio del que le pusieron a él en Addis Abeba».

Pero el pueblo italiano cree que Inglaterra no le impidió conquistar Abisinia porque no pudo. Está bajo la impresión de que la Gran Bretaña no es ya una potencia militar de primer orden, sino una nueva «democracia reaccionaria, incapaz de hacer frente a la fuerza viril de la Italia fascista».

A poco que se piense, se comprenderá que es imposible que los italianos crean otra cosa. La otra explicación de la inactividad británica en el caso de la guerra de Abisinia, no sería permitido publicarla en ningún país fascista.

La propaganda contra Inglaterra ha llegado a un punto que en el inglés medio educado en las artes de una propaganda de guerra más sutil y refinada, produce una reacción parecida al nerviosismo atónico. Toda la maquinaria de la información, ya provenga del mármol extraído de las riquezas naturales del país o de la prensa o la radio, se utiliza como himno terrible de odio contra la pérfida Europa y su gran sacerdote: Mr. Anthony Eden.

En los lugares públicos, en las Universidades y en las Escuelas técnicas se encuentran placas de mármol en las que están inscritas estas palabras: «18 de noviembre de 1935 XIV. No lo olvidéis». Este fué el día en que las sanciones, iniciadas por Inglaterra, fueron «aplicadas» por la Sociedad de Naciones. Ese día, el pueblo italiano, a causa de la política económica del país, tuvo que aceptar una reducción enorme en el nivel de vida.

No hay quien les haga creer a los italianos que las sanciones no se aplicaron jamás. Cuando, lleno de asombro, dije a los italianos que la Sociedad de Naciones no aplicó las sanciones contra Italia, que la medida no pasó del papel, fuí considerado por los que me oían como otro representante de la insidiosa propaganda comunista, de la que Anthony Eden es el mejor exponente. Lo que sí es cierto es que, desde aquella fecha, los italianos vienen sufriendo como si las sanciones hubieran sido realmente aplicadas.

El 18 de noviembre es una gran

fecha en Italia, sólo igualada en su magnífico desfile militar por aquellas en que se conmemora el aniversario de la marcha sobre Roma, nacimiento del fascismo. El día 18, la Embajada británica tiene que ser protegida por una partida de «camisas negras» contra las iras de la muchedumbre romana.

En todo el país, en las ciudades y en los pueblos, pueden verse consignas escritas con tiza pidiendo el hundimiento de Inglaterra. Día tras día, la radio habla al pueblo de la pérdida labor de Inglaterra y de su odio y envidia al joven y fuerte imperio italiano.

Sir Arthur Willert puede tener razón en parte si fundamenta sus opiniones en el hecho de que Italia no está preparada para la guerra. No lo está, en efecto, en el sentido de que no se halla en condiciones de ganar una guerra contra una potencia militar de primer orden. Pero Italia está psicológicamente preparada y madura para la guerra, y el pueblo ve en la guerra el único medio de salir de una situación que se ha hecho ya intolerable.

La pobreza se ha extendido por todas partes, y el pueblo se halla en un estado tal, que si no se le da un hueso a roer, lo buscará por sí mismo.

Con esta situación se enfrentan Mussolini y sus socios. Probablemente están convencidos de que la guerra contra una gran potencia europea significaría la derrota y el fin del fascismo en Italia. Pero también tienen miedo de que, si no hay guerra, el pueblo se encargue de resolver el problema con un resultado parecido. Mussolini y el Gran Consejo Fascista se hallan ante un grave dilema.

La noche en que salí de Italia, fuí a un café de Génova, y como salía del país una hora después, decidí ser un poco más indiscreto que de costumbre. Pronto me vi discutiendo sobre los asuntos interiores de Italia con dos desconocidos. De ellos recibí la sorprendente y reveladora declaración: «Que él (el nombre de Mussolini suena rara vez en las conversaciones en público, incluso por sus más ardientes admiradores) está bien; lo malo es la gente que le rodea. Si supiera lo que hacen con nosotros, las cosas ocurrirían de otra manera». No hay mucha diferencia entre excusar a un hombre porque es débil y censurarle por la misma razón. (News Chronicle, 4-II-1938.)

Los fascistas están muy disgustados con los «diplomáticos» que les envía Franco a la plaza inglesa

Gibraltar. — Los fascistas refugiados en Gibraltar y los que conspiran y traman toda clase de maniobras para proteger la política de Franco, están desesperados por las constantes «planchas» que les proporcionan los flamantes «diplomáticos» que, desde Salamanca, les imponen. Como ya se ha dicho, hace dos meses, y en vista de ruidosos fracasos y negocios sucios realizados por el representante de los rebeldes en esta plaza, Goizueta, fué destituido y se nombró interinamente a Leopoldo Yome, quien lo ha hecho de tan torpe manera y corriendo tales ridículos, que a toda prisa ha tenido que ir a Gibraltar, a encargarse de los «negocios» franquistas, López Ferrer, persona muy conocida, porque sirvió al Gobierno como elemento de la carrera diplomática y traicionó a la República española al producirse la sublevación militar.

No están muy conformes con tal

designación los fascistas, pues recuerdan que el viejo diplomático fracasó ruidosamente en un largo viaje que realizó por orden del «generalísimo» a América. Tal fué el fracaso, que de muchas de aquellas Repúblicas le expulsaron, y en otras no le permitieron entrar, pues su presencia provocaba serias repulsas de los elementos democráticos.

Las noticias que aquí se reciben acusan un recrudescimiento inquietante de la represión a que se entregan los fascistas andaluces. La llegada a la zona del Sur de los nuevos esbirros, nombrados por Martínez Anido, ha sido señalada con una serie de crímenes monstruosos.

En Algeciras fueron detenidas, un día, 44 personas, de ellas trece hombres, y el resto, mujeres y niños. La semana pasada, en los alrededores de dicha ciudad andaluza, fueron asesinadas doce personas: nueve militares, dos paisanos y una mujer.

La Prensa nazi sigue atacando a la Iglesia católica

Un artículo y una caricatura contra el Papa

Berlín, 6. — En la revista alemana *Wille und Match*, órgano de las juventudes hitlerianas, ha aparecido un artículo atacando al Papa y a la Iglesia católica. El artículo se titula «Infalibilidad en el odio», y va ilustrado con una caricatura del Papa.

En dicho artículo se comenta el Mensaje de Navidad del Papa, protestando de las persecuciones religiosas en Alemania, negando el articulista que exista dicha persecución y desacreditando la acción católica en el mundo.

Termina el articulista diciendo que después del mensaje de Navidad, más que en la infalibilidad, se puede creer en el odio del Pontífice. — Fabra.

Su Excelencia el general Martínez Anido...

Franco acaba de constituir su nuevo Gabinete.

Al parecer, se trata de un Gobierno de técnicos.

«Técnicos» probados y cuya reputación se basa en hojas de servicio particularmente gloriosas, ya que el famoso verdugo Martínez Anido forma parte de la combinación y se ve confirmado en las funciones de jefe del departamento de Orden Público, de la Seguridad interior y de la Inspección de fronteras, que ejercía desde la primavera de 1937.

Martínez Anido tiene setenta y cinco años. Pero no ha perdido nada de su antiguo ardor; la obra que ha llevado a cabo desde su vuelta al servicio lo demuestra elocuentemente.

Bajo la antigua Monarquía, el «carnicero de Cataluña» no pudo desplegar toda su actividad. Había, en efecto, un ministro del rey, Sánchez Guerra, que era un hombre honrado, y le cortó las alas, tachándole de asesino. Indignación retrasada que no estalló hasta que el gobernador civil de Cataluña hubo «limpiado» Barcelona y eliminado, por medio de sus matadores, a millares de obreros y a gran número de militantes autonomistas.

Martínez Anido comenzó su carrera en Filipinas. Inició su entrenamiento con los indígenas rebeldes, y lo continuó después en Marruecos. Colaborador del famoso general Silvestre, favorito del rey, que había de morir en Annual, asesinado por los rifeños con los 15.000 hombres de su columna, Anido participó en las vergonzosas «combinaciones» del Estado Mayor del Cuerpo de ocupación, que vendía a los moros los abastecimientos, las municiones y las armas de sus propias tropas.

Durante la guerra europea, enviado a Barcelona en calidad de policía, fué uno de los agentes más activos de la propaganda y del espionaje alemanes. Se ocupaba especialmente de los desertores franceses, a quienes, con el menor pretexto, encerraba y no soltaba, a menos que consintiesen en «trabajar» con los agentes de los servicios secretos germánicos.

En 1919, Martínez Anido fué gobernador civil de Cataluña, en donde reinaba el estado de sitio de una manera permanente, desde la abortada tentativa de levantamiento del año 1917.

Se dedicó a la «depuración» de la ciudad y fundó los famosos «Sindicatos Libres», cuyos efectivos eran reclutados en las casas centrales y tenían la misión, protegidos por la policía, de asesinar a los miembros de los Sindicatos obreros o de las Organizaciones catalanistas.

Luego, promulgó la siniestra «ley de fugas», que permitía a la Guardia civil y a los guardias de Seguridad asesinar a los detenidos que intentaban huir. Centenares de obreros fueron así asesinados, a la puer-

ta de sus celdas o durante el «paseo».

La presa de los «matadores» a las órdenes de Martínez Anido fué, en 1921, Francisco Layret, el célebre líder sindicalista, por el que la población de Barcelona sentía verdadera veneración, y uno de cuyos asesinos, Paulino Salas, es ahora uno de los jefes de Falange Española de Zaragoza.

Alcohólico confesado y ninfómano exasperado, Martínez Anido celebraba con célebres orgías las hazañas de sus «pistoleros».

Destituído por Sánchez Guerra, el «carnicero de Barcelona» volvió a prestar sus servicios bajo la dictadura de Primo de Rivera. Pero éste, que desconfiaba de un auxiliar tan ardoroso, prescindió de él prudentemente.

El 14 de abril de 1931, Martínez Anido huyó apresuradamente hacia la frontera. Francia le dió entonces hospitalidad. Desde Niza, en donde primeramente fijó su residencia, el general se acercó a la República y le ofreció su espada...

Esta cándida proposición no fué aceptada por el nuevo régimen, y el general pasó a Italia, en donde pronto se sintió como en su casa.

No había de volver a España hasta seis meses después de la rebelión de Franco. Este no recurrió a él hasta que se convenció de que los territorios en poder del ejército nacionalista no podían ser reducidos sino por el terror sistemático.

Anido era el único «especialista» capaz de organizar, en gran escala, la denuncia y la represión.

—La retaguardia está ahora organizada—declaró, a poco de su vuelta—. Tengo fichas completas y exactas de todos los sospechosos y de todos los indiferentes. En otras palabras, he podido cumplir una tarea delicada y difícil, en que no basta la buena voluntad. Puedo, una vez más, corregir las debilidades del pueblo y mantenerlo, con mano firme, en el camino recto.

Martínez Anido se ha esforzado por llevar a cabo este magnífico programa. No lo ha hecho sin algunos sinsabores, pues ha tenido que hacer frente, en Aragón, en Galicia, en Extremadura y en Andalucía, a verdaderos levantamientos locales, que ha ahogado en sangre.

El nuevo ministro de Orden Público tiene, también, otras preocupaciones. Sus buenos camaradas de Falange, en donde abundan los veteranos de los Sindicatos Libres, le dan algunos disgustos. A estos «extremistas» los trata con miramiento, pues espera que, alguna vez, tendrá que servirse de ellos.

Franco haría bien en desconfiar de él.

G. JOLY

(L'Oeuvre, 4-II-1938.)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XV

LA VIDA EN LAS CARCELES FASCISTAS

Cuando me detuvieron, me llevaron primero al cuartel de la Guardia civil. Allí me tuvieron dos días. Los detenidos estábamos hacinados en las cuerdas del cuartel y dormíamos sobre el santo suelo, revueltos hombres, mujeres y caballerías. De allí me sacaron para llevarme a la prisión que habían improvisado en el frontón de la calle María Verdiales, porque ya en el antiguo edificio de la cárcel era imposible meter más presos de los que había.

Cuando yo ingresé, los detenidos que había en aquel local eran 480. Todos los días había muchas altas y bajas: las de los que traía de los pueblos la Guardia civil y las de los que sacaban de noche los falangistas para asesinarlos; pero la cifra de unos 500 fué casi constante.

Los presos del frontón dormíamos en unas colchonetas tiradas en el suelo. Aunque el local era grande, las colchonetas estaban casi pegadas las unas a las otras, y los presos apenas si teníamos lugar para movernos. A veces traían a última hora una nueva redada de detenidos, y cuando no había colchonetas bastantes, distribuían a los recién llegados en las de los antiguos. Cuando eran detenidos políticos, lo sufríamos incluso con alegría. Pero otras veces, para humillarnos más, nos metían en la cama en que dormíamos a delincuentes comunes y vagabundos llenos de miseria, que nos infectaban de insectos. Durante todo el día teníamos que permanecer hacinados sobre aquel piso de cemento y bajo aquel techo de vidrio que despedían fuego. Estábamos, pues, casi desnudos. Sólo conservábamos los pantalones del pijama o los calzoncillos.

Al principio la guardia de esta prisión estaba encomendada a los soldados y los guardias de Asalto, mandados por oficiales de complemento incorporados después de la rebelión. Luego fueron apareciendo falangistas, que también tomaban parte en las guardias, y, finalmente, unos «simpatizantes» del fascismo, llamados pomposamente «caballeros guardias cívicos», que eran, por lo general, gentes de poco empuje, aunque no sin encono y perversa intención contra los presos. Los falangistas desdibujaban altivamente a los «caballeros guardias cívicos», y para ridiculizarlos les llamaban las «amas secas», explicando además que debían este apodo grotesco a que eran de «los que no daban el pecho».

Nuestras «amas secas» no serían, efectivamente, unos héroes; pero con nosotros, los presos, eran de una dureza y una crueldad que igualaban a las de los falangistas, aunque, la verdad, si bien nos mortificaban cuanto podían, vejándonos y humillándonos constantemente, no se atrevían, en cambio, a formar parte de las cuadrillas de asesinos que todas las noches sacaban del frontón grupos de detenidos, que caprichosamente seleccionaban para asesinarlos en las carreteras.

La mayor parte de los detenidos comíamos lo que nuestras familias nos llevaban; pero estaba absolutamente prohibido que nos regalasen con buenos manjares, cosa hasta cierto punto lógica. Ya no lo era tanto el hecho de que los «caballeros guardias cívicos» se empleasen en revisar cuidadosamente nuestras comidas y en cuanto encontrasen algo apetitoso, se quedasen con ello. Los postres de repostería, sobre todo, no llegaban jamás a los presos. Aquellos

buenos burgueses, gordos y sedentarios, no obstante los arcos bélicos que se habían colgado y la dureza con que nos trataban, no habían perdido el vicio de la gula, y eran golosos como chiquillos. Llegué a tener la convicción de que muchos de ellos creían que lo que estaban pasando en España no tenía más finalidad que aquella: la de dejarnos castigados sin postre a los que éramos discípulos y revoltosos. Había sobre todo uno de aquellos «caballeros guardias cívicos», que, irritado porque nuestras familias se esforzaban en hacernos llevar a la prisión, enviándonos comidas amorosamente preparadas en nuestros hogares, se vengaba ruinmente haciéndonos mil porquerías, con una mentalidad de criada aviesa. Metía los dedos sucios en los pucheros, revolvía los guisos y con cualquier pretexto interceptaba o rechazaba las comidas y nos dejaba todo un día en ayunas.

Todo esto, que es grotesco contarlo, refleja, sin embargo, exactamente la mentalidad de aquellas gentes entre cuyas manos estábamos. Este era el sainete que, a cargo de aquellos pintorescos «guardias cívicos», se representaba durante el día. Luego, llegada la noche, venían los siniestros falangistas a hacernos sentir verdaderamente la tragedia.

Desde que anochecía, los 500 presos del frontón, sentados al borde de sus camastros o echados en ellos, silenciosos y acongojados, sentían pasar uno a uno los segundos hasta que llegaba la hora fatal en que se sentía el petardear de los camiones a la puerta del frontón y el oficial de guardia, con el revólver en el cinto y a veces en la mano, arrancaba de sus camastros a los que habían de ser asesinados. ¡Noches espantosas, terribles, inenarrables, en aquel inmenso cuadrilátero de cemento, en el que centenares de seres humanos, silenciosos, se revolcaban de angustia y de impotencia, esperando la llamada fatal e inexorable!

Por lo general, a lo menos mientras yo estuve allí, los presos que solían llevarse los falangistas para asesinarlos, eran oscuros campesinos, traídos dos o tres días antes por la Guardia civil, los cuales iban a la muerte silenciosos y resignados, como reses, sin plena conciencia aún de su trágico destino, o bien obreros rebeldes que levantaban el puño y gritaban desesperadamente vitoreando a la revolución, mientras los carceleros intentaban sofocar sus alaridos, y un estremecimiento de horror pasaba por el alma de aquellos 500 seres inmovilizados por el espanto en sus colchonetas.

Algunos se resistían a salir y los sacaban a viva fuerza. Conseguió que desistieran de llevárselo cierta noche un muchacho, naturalizado cubano, hijo de Mauro Caballero. Recordaré toda mi vida la escena escalofriante de la despedida de un militante socialista, llamado Bermejo. Estaba acurrucado en su camastro, dormido o amodorrado, cuando entraron los guardias de Asalto para buscar a los presos que habían de ser asesinados. Por lo general, los falangistas encomendaban esta función a los guardias y a los carceleros.

Uno de los guardias se acercó a la cama de Bermejo y le sacudió rudamente.

—¡Vamos, arriba!

Bermejo se incorporó y comprendiendo que era inútil toda protesta, se limitó a mirar fríamente a la cara del guardia y a decirle con una voz quebrada por la angustia:

—¡Déjame, hombre, déjame! ¿Qué mal te he hecho?

El guardia torcía la cara y se abroquelaba en sus frases cortadas y automáticas de agente.

—¡Vamos, vamos, arriba! ¡Nada de protestas!

Bermejo, con acento entrañable, replicaba despacio:

—No te irrites. Si yo no protesto... Pero déjame... Déjame, siquiera hasta mañana... Mañana, vienes por mí...

Mecánicamente, como un autómatas, vuelta la cara, el guardia repetía:

—¡Vamos, vamos, arriba!

—Mañana me lleváis... Déjame siquiera que pueda despedirme de la familia. ¿Qué más te da matarme hoy que mañana?—insistía suavemente, como un susurro, la voz del preso.

El guardia, ganado por aquel acento profundamente humano, balbucía confuso:

—Yo soy un mandado, ¿sabes? Por mí, te dejaría; créelo. Pero...

Se entabló entre aquellos dos hombres un diálogo tan entrañable, tan escueto, tan desapasionado y frío, que daba horror. Recordaré la escena toda mi vida.

Bermejo rogaba suavemente; el guardia se excusaba, diciendo con aterradora naturalidad:

—¿Tú comprendes? Yo soy un mandado. ¿Te haces cargo? Ponte tú en mi lugar...

Y lo espantoso era que Bermejo «comprendía», que «se hacía cargo», que se ponía en el lugar del otro, y doblaba la cabeza sobre el pecho, resignándose a la fatalidad.

Al día siguiente, claro es, apareció el cadáver de Bermejo en la carretera.

Otro día llamaron a otro recluso, un muchacho dependiente de la droguería Sotelo, para ponerlo en libertad; pero él creyó que era para asesinarle y se negó a salir. No hubo manera de convencerle. Dijo que mientras no viniese su propio padre a buscarle, no salía de la cárcel. Se avisó al padre, que acudió con el mandamiento de libertad en la mano; pero entonces, cuando ya iban a salir, tuvieron la desgracia de tropezar con el teniente Santos, que en aquel momento entraba en la cárcel.

—¡Cómo! ¿A éste se le va a poner en libertad? ¡Imposible! ¡Dentro otra vez!

Lo volvieron a encarcelar y cuando de nuevo le sacaron, fué para matarlo.

Al principio había en el frontón muchos extranjeros. A mediados de agosto se presentaron una noche los falangistas y reclamaron a un ruso, un turco y un francés que allí estaban presos. El oficial de guardia era amigo del francés y discutió con los falangistas, hasta conseguir que no se lo llevaran. Al ruso y al turco sí se los llevaron, y a la mañana siguiente fueron encontrados sus cadáveres en las afueras de Vigo.

Hubo un momento en el que los súbditos extranjeros presos en el frontón fueron varios centenares. El generalísimo había decretado que todos los extranjeros que se encontrasen en el territorio nacional y se hallasen comprendidos por su edad en las quintas llamadas a filas, fuesen incorporados al Ejército. En Galicia había millares de súbditos de las Repúblicas hispanoamericanas, hijos de españoles en ellas naturalizados, y que incluso habían hecho su servicio militar o estaban sujetos a él en el país cuya ciudadanía habían conseguido. Por la cárcel del frontón pasaron entonces unos 800 súbditos argentinos.

(Continuará.)

Por qué han decidido abandonar territorio faccioso los jesuitas

París, 8. — En la reunión celebrada en la Basílica de Azpey por los jesuitas para examinar la situación en la España facciosa se decidió — por gran mayoría, como es sabido — que la Compañía de Jesús abandonase el territorio español. Los padres Vilarino Chalvau, muy conocidos como partidarios de Franco, no asistieron a la reunión.

La razón aducida por la Compañía de Jesús como determinante de su acuerdo, es la siguiente: El Papa había ordenado a todas las altas personalidades eclesiásticas de la España facciosa que en las ceremonias religiosas celebradas en su territorio se leyese las Encíclicas pontificias, especialmente la que se refiere a la persecución de la Iglesia en la Alemania nazi. El cardenal Gomá comunicó ese orden a Franco; pero éste hizo suspender la lectura de la Encíclica para tratar con el representante alemán en Salamanca. El Embajador de Hitler solicitó una nueva suspensión, mientras pedía instrucciones a su Gobierno. Franco autoriza la lectura de las Encíclicas, pero no la de aquella que se refiere a la persecución de los católicos en Alemania. Ante esto, los jesuitas, que sostuvieron largas discusiones con los representantes del Gobierno, han decidido abandonar el territorio español. Además, los falangistas son ahora más influyentes que los requetés y se oponen a los jesuitas.

(«La Vanguardia», 9-II-1938)

Carta abierta al director del Servicio Español de Información

«Muy señor mío: Por casualidad ha venido a mis manos un ejemplar de su diario, correspondiente al 7 de febrero, y he leído con un sentimiento difícil de explicar el artículo referente al esmerado trato que las autoridades republicanas dan a las madres y hermana de los generales facciosos Aranda y Jordana, respectivamente. Por algo—reflexiono—nosotros no somos como ellos.

Yo nací en la península; pero vivía en Canarias, donde me sorprendió la insurrección. Me pasé a las fuerzas del Gobierno por el frente de Aragón; pero antes estuve preso en la prisión militar que los rebeldes han establecido en los almacenes de la Casa Fyffes, en Santa Cruz de Tenerife, durante catorce meses. Me sacaron de allí con 16 presos más de la misma cárcel y otros de Paso Alto y del campo de concentración de Las Palmas, y nos llevaron al frente aragonés con un batallón de tiradores de Ifni, compuesto de 600 «caballeros moros», que es como los llaman los sublevados.

Los militares rebeldes no tratan bien a los presos que enferman. Mientras yo estuve recluido en Tenerife, se declaró en la prisión una epidemia de gripe y laringitis, y además empezó a desarrollarse la tuberculosis, porque tres o cuatro tuberculosos que había, dormían apiñados con los demás.

Esas señoras a que se refiere el artículo, tienen habitaciones con camas, ¡y sillas además! Nosotros, los 1.400 y pico que éramos, dormíamos en el suelo, en jergones o encima de sacos, y teníamos que compartir los jergones con otros presos. A ninguno se le permitía ocupar más de 45 centímetros de piso para dormir. Y si el compañero de cama enfermaba, o le tocaba a uno junto a un tuberculo, tenía que seguir durmiendo con él, o mal durmiendo, porque con la fiebre y la tos no dejaban descansar.

Los enfermos no eran apartados ni los militares les daban medicina sino que cada cual tenía que comprárselas. Como la mayor parte no tenía dinero, gracias a que los demás presos hacíamos suscripciones, podíamos adquirirlas. Cuando los médicos se quejaban (los médicos que nos asistían estaban presos también) y el capitán de la prisión iba con la queja a la Comandancia para que se separase a los enfermos, los jefes decían que no podía ser: que al que se muriera que los enterrasen, y a otra cosa.

Ultimamente había otro capitán que parecía ser más razonable, y los médicos le hicieron ver que, si se agravaba la epidemia, constituiría un peligro para la población. Entonces consiguieron que trasladasen algunos enfermos al hospital. Pero todos los que de él venían, decían que aquello era imposible, porque las monjas que son las que hacen de enfermeras, les llamaban rojos y herejes, les insultaban y continuamente les hacían rezar y les pedían que se confesaran.

Tampoco llevaban al hospital precisamente a los indicados por los médicos presos. Siempre que había un grupo de enfermos graves, venía un médico militar, un tal Parejo, de La Laguna, que dicen que «antes era de izquierdas». Un día estaba yo en la enfermería, cuando el médico Parejo vino a examinar a un grupo de 23 tuberculosos, a ver si los mandaba al hospital. Separó solamente a cuatro. Los otros médicos le dijeron que había más tuberculosos, y él contestó que sí, pero que había que esperar a que se les desarrollasen más las lesiones pulmonares, pues todavía no lo estaban suficientemente para trasladarlos al hospital.

Le agradeceré que publique esta carta. Gracias. Salud y República.— R. Castillo.

Barcelona, 8-II-1938.

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta